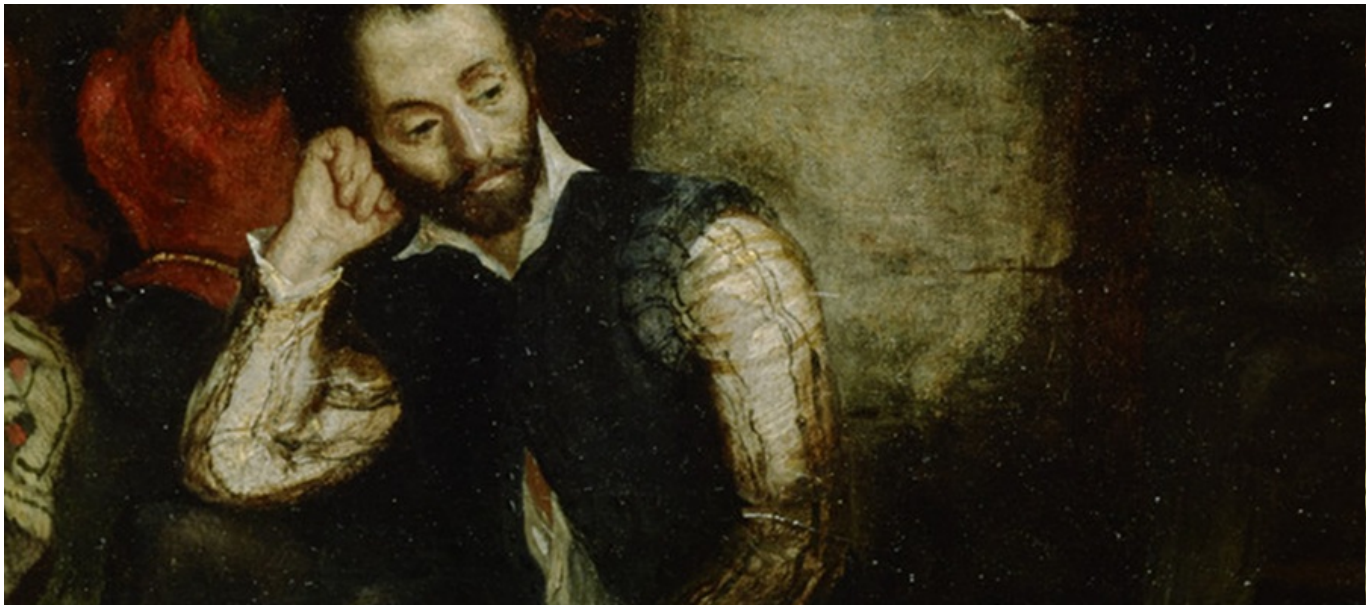

Anne Carson y Tasso en el club Nobel

Posted on 23 de noviembre de 2026 by Pilar Álvarez Sierra

Todos los años, en la semana previa al anuncio del Nobel de Literatura, vuelven a las noticias dos artículos estacionales, ambos igualmente interesantes. El primero es el de las apuestas y su cotización, por la que suben y bajan incansables la china Can Xue, la rusa Liudmila Ulítskaya y el suizo Christian Kracht, entre otros muchos con los que nunca hemos tenido el placer, y con cuyo nombre no volveremos a tropezarnos hasta el año siguiente (cuando tampoco leeremos su obra). El otro artículo es el que nos habla del escogido club de escritores que no ganaron el Nobel, donde sí conocemos gente como Virginia Woolf, Umberto Eco o Javier Marías. Cada año los columnistas acaban llegando a la conclusión de que la verdadera gloria literaria está en no ganar ese premio injusto y arbitrario, al que a veces le da por consagrar a algún creador incomprensible (aquí nunca faltan Elfriede Jelinek, Jacinto Benavente y JMG Le Clézio), o tan exótico como el sueco Harry Martinson, que entre todos los logros asociados al éxito como escritor —la fama, el dinero, la gran masa de lectores, las traducciones y el propio Nobel de Literatura— solo tiene este último.

Es curiosa la fama de este premio, único en el mundo del arte, porque ni en pintura ni en música existe un reconocimiento comparable, y quizá solo el cine se aproxime con los Óscar en cuanto a repercusión. No se puede negar que la Academia del Nobel ha conseguido un prestigio que pudiera discutirse, pero que ya no se discute: un galardón inventado por un

fabricante de dinamita nórdico se ha convertido en el patrón respecto al que medir algo tan opinable como el mérito literario.

Mirando la lista de los últimos veinte años, no se entiende nada. Si la ampliamos unas décadas, aparece un poco más claro el panorama. Ahí tenemos a T.S. Eliot, a Elias Canetti, a Mario Vargas Llosa, a Doris Lessing y a William Faulkner. ¿Seguirían activos en los catálogos editoriales, se les leería, se les reeditaría hoy si no hubieran recibido el Nobel? Quizá no todos, o quizá no toda su obra. Si algo te garantiza el premio Nobel, al menos en el sector editorial, es la entrada en eso que se llama las «bibliotecas de autor», que mantienen vigente la obra completa, no solo un libro o el par de libros famosos que quedan para la posteridad. ¿Habríamos tenido alguna vez el placer de descubrir a la maravillosa Wislawa Szymborska o al gran Wole Soyinka —que es un García Márquez nigeriano y, según se mire, incluso mejor—, si no hubiera venido el comité del Nobel a decirnos que ahí teníamos tarea lectora pendiente? ¿Se valorarían igual las muy dudosas biografías de Pablo Neruda, de Günter Grass, de Camilo José Cela? Nombre a nombre, se puede discutir casi cada escritor y cada escritora. Muy bien el australiano Patrick White, qué duda cabe, pero cómo es posible que en su año no ganara el gigante Jorge Luis Borges. Y nada contra Odysséas Elýtis, aunque se defiende uno muy bien en la vida sin haber leído jamás una línea suya, pero en 1979 aún estaba vivo Thomas Bernhard, no hace falta decir más.

La injusticia que cada año comete personalmente contra nosotros el premio Nobel este año parece un poco más llevadera, porque a Anne Carson sí la teníamos en el paisaje. Hace poco más de una década, su obra en español era difícil de encontrar, y tuvo que ser una mínima y heroica editorial independiente ya desaparecida, Dioptrías, quien trajera a España en 2015 su más famoso ensayo, *Eros: poética del deseo*, que ahora, recuperado por una de las marcas de Penguin Random House, se titula *Eros dulce y amargo*, manteniendo la misma traducción impecable de Inmaculada Pérez Parra. Gracias al editor Andreu Jaume, también está desde 2003 muy bien publicado su libro de poemas más popular, *La belleza del marido*, que parece hoy la principal razón por la que se le ha concedido el premio, y que ha llenado YouTube de chicas muy serias leyendo fragmentos con una mano en el corazón. Y también en España otro poeta y divulgador notable, el asturiano Jordi Doce, se había ocupado de traducir y editar *Hombres en sus horas libres*, que publicó Pre-Textos ya en 2007. Una década más tarde, la muy meritoria editorial Vaso Roto emprendió la publicación de casi toda su obra poética. Y quizá sea España uno de los países, quitando los anglosajones, a los que el anuncio del premio no les obligó a arrancar las imprentas a toda prisa.

Nos gusta además que se valoren en una ganadora del Nobel la formación clásica, la dedicación a la enseñanza y la traducción del griego antiguo. Para encajar del todo en el patrón aceptado de ganadora o ganador del Nobel, apareció en las noticias con cara de

sorpresa y gesto vagamente fastidiado, como si hubiera preferido, siguiendo la sabiduría de Groucho Marx, no ser miembro de un club que admite a escritoras como ella.

Tendrá que pasar otro medio siglo para que valoremos si hay un patrón, una conclusión que sacar, de la lista de ganadores de los últimos años. Sin irnos de Anne Carson, parece directamente emparentada con Han Kang por la frialdad, o por la distancia que pone respecto a sus textos, efecto que sin duda tiene un mérito mayor de lo que parece. En uno de sus poemas más citados, «Tres», que está dentro de *Cristal, ironía y Dios* (Vaso Roto, 2022; traducción de Jeannette L. Clariond), leemos: «El peluquero del pueblo encontró a Dios, descansa los martes. / De nuevo ratones en el cajón de los paños. / Pequeños perdigones. Han roído / las esquinas de las servilletas, si supieran / lo que cuestan hoy día las servilletas de papel. / Lluvia esta noche. / Lluvia mañana». No sé si este tono tendrá un nombre que no sea el que mejor le encaja, que es «el tono siglo veintiuno»: agudo, pegadizo, hábil, pero hipotenso y hastiado. El tono de quien escribe (y seguramente lee) con el gesto del poeta Torquato Tasso en el manicomio según lo captó Delacroix. Lo llamaremos aquí, por resumir, el *tono Tasso*. Con esa misma distancia protectora, nos informa la narradora de *La belleza del marido* de que «los celos / no eran precisamente una pequeña parte de mi relación con la batalla de Borodino». Qué cantidad de cosas se pueden deducir sobre un matrimonio, y sobre sus integrantes por separado, si de quien tiene celos la dama es de la batalla de Borodino, a la que el caballero parece dedicar noches eternas de juegos de estrategia militar con sus amigos («Sudaban mucho. Comían carne de los países en los que jugaban»).

Faltan, decía, varias décadas para que podamos confirmar si Anne Carson pasa el corte de la gloria literaria, pero no hay duda de que, si alguien se pregunta en 2126 cómo y sobre qué se escribía un siglo atrás, se hará una idea clara leyendo a Anne Carson (y no tardará mucho, lo que también es de agradecer si vamos a compararla con, por irnos a los extremos, Pearl S. Buck o Thomas Mann, que comparten areópago con ella). Y desde ahí llegamos sin muchas más vueltas a preguntarnos qué es la literatura, lo que premia el Nobel, y qué es la lectura, lo que va por otro lado y concilia mal con el espíritu *blasé* y resignado de Tasso. Casi en cada línea de Svetlana Alexiévich, o de la ya citada Wislawa Szymborska, o de Dario Fo, oímos el sonido inconfundible de las neuronas chisporroteando, de un poderoso cerebro que está creando algo vivo y caliente, y sospechamos que no es lo mismo leer ese algo que no leerlo. Luego está lo que oímos leyendo a Patrick Modiano, a Peter Handke, a Anne Carson, que es otra cosa, y quizá se llame ironía, o desapego. O duda.

Pilar Álvarez Sierra es editora y traductora, y trabaja en el sector editorial desde 2003.

* Las opiniones expresadas en los textos son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente la postura ni la línea editorial de *Revista de Libros*.